

DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES

DE SAN FERNANDO

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DEL

ILMO. SR. D. LORENZO ÁLVAREZ Y CAPRA

EL DÍA 24 DE JUNIO DE 1883



MADRID

IMPRESA Y FUNDICIÓN DE MANUEL TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

Isabel la Católica, 23

1883

DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES

DE SAN FERNANDO

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DEL

ILMO. SR. D. LORENZO ÁLVAREZ Y CAPRA

EL DÍA 24 DE JUNIO DE 1883



MADRID

IMPRESA Y FUNDICIÓN DE MANUEL TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

Isabel la Católica, 23

1883

DISCURSO

DEL

ILMO. SR. D. LORENZO ÁLVAREZ Y CAPRA

SEÑORES ACADÉMICOS:

Vuestra benevolencia me coloca hoy en la situación más extraordinaria de mi vida; pues si bien es cierto que está grabada en mi corazón la fecha en que me dispensásteis la honra inmerecida de elegirme compañero vuestro, no empecen el júbilo y la gratitud que me parezca temerario el hecho de sentarse entre vosotros el que, como yo, no puedo ofreceros ni idea alguna nueva por fruto de la observación, ni el descubrimiento artístico ó científico más humilde.

Molesto vuestra atención en cumplimiento de un deber reglamentario, prestándome aliento en tan ardua empresa, la cariñosa indulgencia que me habéis dispensado en época bien próxima, la solicitud con que muchos de vosotros habéis procurado trasmitirme vuestros conocimientos desde las aulas, la seguridad de que encontraréis la compensación de mis triviales ideas en las brillantes y sabias de uno de mis maestros más queridos, que hace el honor de contestar á estas mal aliñadas frases; y sobre todo, la oportunidad de confesaros públicamente que vengo á aprender de vosotros y decidido á compartir vuestras tareas con fé y constancia, sin la esperanza de alcanzar un nombre como el vuestro, porque esa es empresa su-

perior á mis fuerzas, pero con el firme propósito de imitaros y acompañaros en la senda del trabajo y de amor al arte.

La vacante que me ha abierto las puertas de esta distinguida Academia es la del Excmo. Sr. D. Lucio del Valle; por defunción suya dísteis vuestros sufragios al *ilustre* mejor que Ilmo. Sr. D. Agustín Felipe Però, á quien en lo mejor de su vida, cuando estaba más en condiciones de contribuir al esplendor de las bellas artes, le habéis visto desaparecer sin llegar á ocupar sitio tan honroso. ¡Valle! ¡Peró! Dos nombres que se han borrado de la esfera de acción, de la ciencia y del arte, dejando vacíos inmensos en ellas, y en esta Academia un duelo que estoy cierto no ha de apartarse del corazón de los que la componen.

Si á las dificultades con que tropiezo para cumplir mi deber de hoy, añadís la consideración de que vengo á ocupar un sitio de tradición gloriosa, os explicaréis hasta la evidencia mis temores, y comprenderéis que en el trabajo que voy á presentaros á continuación, me limite á ligeras consideraciones sobre la *Influencia de la arquitectura en las sociedades*; y siendo aquéllas muy breves, conservaréis al menos el recuerdo de que en este día procuré ejercitar vuestra paciencia lo menos posible, teniendo por otra parte, como tengo, el convencimiento de que no es la voluntad, sino el ingenio, quien puede abrir el tesoro donde los caudales de la sabiduría se encierran.

La arquitectura, como todos sabéis, constituye la más antigua de las bellas artes; su nacimiento coincide con el del hombre cuando sintió la necesidad de resguardarse de la intemperie y buscar refugio contra los peligros que le rodeaban por todas partes; estas y otras necesidades de distinta índole han aumentado ó disminuido según el es-

tado de adelanto de cada pueblo, pero forman parte de las que han impulsado é impulsarán siempre al sér humano á correr con vivísimo anhelo detrás de ese mito llamado felicidad, valiéndose de medios que varían conforme á los tiempos y á las ideas de cada época, pero desempeñando un papel importantísimo en la consecución de aquélla, la *poesía de las formas inanimadas*, como con razón llamaba *Lamennais* á la arquitectura: de aquí que esta bella arte sea una de las ramas más interesantes de la inteligencia humana, no sólo como expresión del sentimiento y la inspiración, sino como manantial fecundo para la historia, verificándose el raro fenómeno de que las formas dadas á la materia inorgánica se convierten en cristales transparentes que permiten apreciar con exactitud la religión, las costumbres, la política, las tendencias de los tiempos pasados, y en una palabra, el grado de civilización de los mismos.

No es mi ánimo seguir paso á paso la historia de la arquitectura, porque además de que camina al mismo nivel que la historia universal, tendría que hacer un prolijo estudio que llegaría á cansar á la ilustrada concurrencia que hace el honor de escuchar mi pobre voz, y saldría del límite de las breves consideraciones que me he propuesto apuntar al objeto, ya marcando á grandes rasgos caracteres salientes de pueblos que han tenido estilo propio, ya deduciendo cuál es la expresión de algunos estilos arquitectónicos.

Las cavernas de las montañas y las grutas formadas naturalmente en las riberas fueron, como todos sabéis, la estancia de los primeros moradores de la tierra, y son los únicos albergues en los que dicho arte no tuvo representación; pero á medida que la especie humana se reprodujo, vióse precisada á aislarse constituyendo agrupaciones

ó familias, la arquitectura brotó espontáneamente, y se manifestó en la modesta gruta, en la débil tienda y en la venerable cabaña, como modelos primitivos suyos: estos tres tipos son el punto inicial del arte de construir, y por muy elementales que aparezcan á nuestros ojos, representan la primera necesidad moral y material que satisfizo en el mundo la arquitectura; tipos que se conservan á través de los siglos, gracias á haberse apoderado la India y el Egipto de la gruta, como patrón de sus templos subterráneos y formas piramidales; la China y el Japón de la tienda, siguiendo su ligereza y caprichosas formas, y Grecia y Roma adoptando las líneas generales y la silueta de la cabaña, circunstancia muy de tenerse en cuenta, pues parece como si una mano secreta y poderosa hubiera querido inmortalizar su primer epopeya.

De todos es sabido que los pueblos de la antigüedad consideraron la arquitectura como un arte puramente religioso, cuyo ejercicio estaba reservado á los que poseían el conocimiento de las cosas divinas, y que la idea de ver al universo como el verdadero templo de la divinidad, hizo tomarle como modelo para los primitivos edificios sagrados. Los de Elora levantados por Visvakarma, *arquitecto celeste*, mirados por aquel pueblo como revelaciones divinas, templos llenos de estatuas, bajos relieves y figuras en los que aparece Brahma rodeado del sol, de la luna, de las estrellas, del universo entero, en una palabra, ponen de relieve que la primera de las ramas de la arquitectura, la sagrada, ó sea la de los templos, es desde lo antiguo un arte de expresión, un arte simbólico: el sublime y profundo genio que preside en los santuarios indios, demuestra su inspiración; y el paso de la gruta subterránea al templo aislado, y de éste á la pagoda, suponen que aquel pueblo tuvo, al par que una larga existencia religio-

sa, una arquitectura que le condujo á realizar sus ideales. Brahma y Boudha en sus templos, solos ó rodeados de divinidades, de servidores y acólitos, de una serie interminable de animales consagrados á su culto; la montaña Devagiris y los veinte templos de Shiva, son páginas elocuentísimas á mi propósito.

Al Egipto, después de un periodo de postración, se le ve con las mismas costumbres, con igual grado de civilización, hasta puede decirse que con idénticas facultades que á los indios, gracias á la necesidad que tuvo de defenderse, pues despertó hombres estudiosos que convertidos en sacerdotes formaron un gobierno que, imprimiendo un sello especial al arte de construir, puso de manifiesto con la arquitectura simbólica lo que no estaba por otro medio al alcance de la razón; se aplica la arquitectura en la forma antedicha, y Menés el *primer hombre*, al separar el poder temporal del espiritual limitando el gobierno teológico, se dedica al cultivo de las ciencias físicas, acometiendo empresas y trabajos de todos géneros, entre los que descuellan las treinta y una pirámides situadas en la orilla izquierda del Nilo, cuya construcción hace época, porque la divinidad se presenta de una manera incomprendible y el arte arquitectónico adoptó formas colosales y enigmáticas para la manifestación material de la idea, formas que, dicho sea de paso, han probado al mundo que el Egipto era un pueblo acostumbrado al trabajo y ejercitado no sólo en las artes mecánicas, sino en las industrias que se relacionan con ellas: la creación de los obeliscos en la margen opuesta del Nilo, unida á la de las pirámides, constituyen asimismo dos géneros de monumentos que al recordar el trabajo del sol y de la tierra, esto es, el trabajo real de la naturaleza, prueban el empleo de la arquitectura civil y religiosa para la enseñanza de las síntesis del universo.

Pocos pueblos como el de Grecia podrían encontrarse que sirvieran mejor á apoyar mi tesis, porque sus bellas artes, su literatura, sus trabajos científicos y filosóficos, que tanto han llamado la atención del mundo, y el recuerdo de aquellos templos y edificios, que mirados aisladamente son obras admirables y perfectas, constituyen el estilo más sencillo, más elegante y más racional del mundo, dan modelos acabados que presentar en todos los géneros en que se subdivide la arquitectura, y son la expresión más clara del género brillante y del espíritu varonil que poseyó el pueblo griego.

Aunque parezca una digresión, cumple á mi propósito manifestar que no creo, como algunos, que la arquitectura griega es una servil imitación de la arquitectura egipcia; pero que está inspirada en aquella lo juzgo fuera de discusión: considerad cualquiera de los edificios sagrados que se admiran en los bordes del Nilo ó en la ciudad santa de los egipcios, y decidme si no están allí en la infancia los triglifos y metopas, las columnas, frisos y arquivadas tan elegantemente desarrollados en el arte griego. ¿Y qué demuestra esto, distinguidos Académicos? Que la arquitectura, guiada por la libertad individual y por el amor patrio, después de luchas intelectuales verdaderamente titánicas, fué quien llevó el espíritu de asimilación á la expresión del genio creador de la sociedad griega para dotarse de un estilo propio.

Siguiendo la huella del arte arquitectónico en Grecia, le vemos estacionado en su primera época, y la sociedad de entonces se contenta con lugares sagrados, reducidos á un espacio descubierto limitado por una simple cerca; tiene bastante con casas construidas de barro y cubiertas de paja; en una palabra, la sociedad y la arquitectura eran el reflejo de la opresión y la tiranía, hasta que se impuso

el espíritu democrático de las artes, entablándose una lucha para dotar á aquel pueblo de notables monumentos, entre las escuelas dórica y la jónica. Como primera necesidad se dedican á la construcción de lugares sagrados para sacar al dios Apollón del tronco de un laurel en que tenía su morada, y á Artemis del tronco de un cedro, en donde había fijado su residencia; y para demostrar las distintas fases posteriores del pueblo griego, hablen por mí y tomen formas animadas el Partenón de Ictinius y los Propileos de Atenas, con su imponente y severo aspecto; el Odeón de Pericles, edificio destinado á grandes concursos de música; el Teatro de Baco, el Erecteo, el Templo de Ceres, el de Júpiter Olímpico, el de Juno en Argos, el de Minerva, el de Baco en Teos, y tantos otros edificios que pudiera citar y que serán inmortales: el hogar ó la casa, expresión la más sencilla aunque la más genuina de la arquitectura civil, bajo el esplendor de Pericles el *Arquitecto del Odeón*, es cómoda, tiene satisfechas todas las necesidades, responde á la venerabilidad del hogar, y ha pasado á nosotros como modelo de belleza y como reflejo de un pueblo que disfrutaba completo bienestar, de una nación que no había desaprovechado las lecciones de Sócrates.

En el pueblo de Rómulo ó Romano, fundador de la aristocracia, era el arte en un principio expresión del amor, del lujo y de la vanidad, y la arquitectura romana, más recargada de detalles que la griega, se dedica especialmente á levantar palacios suntuosos, casas magníficas, baños, escaleras monumentales y jardines de tracería laberíntica y complicada; mas como el desarrollo del arte de construir había necesariamente de completarse dadas las condiciones de aquella sociedad, los mismos magnates que ocupaban suntuosos palacios impulsaron al traza-

do y ejecución de grandes vías de comunicación, al pavimentado de las calles, á la construcción de acueductos y á todas las producciones debidas al genio arquitectónico de aquel pueblo. Bajo el imperio de la república, Roma se dedica principalmente á la arquitectura hidráulica: se construye el gran Circo Romano bajo la advocación de Marte, destinado á ejercicios atléticos; y como dato para juzgar de la arquitectura en aquel periodo, basta recordar la costumbre que se establece de levantar un templo después de las batallas al Dios que el general en jefe hubiera invocado durante el combate; teniendo esta procedencia, como todos sabéis, el que Quintus dedicó á Marte, el de Juno, el de Salus, el de la Concordia, el de la Fortuna y el de Magna Mater. La época de las victorias de los romanos en Sicilia, en Persia y Macedonia es otra fase saliente de aquel pueblo: tesoros inmensos de oro, plata y pedrería sirvieron para engalanar los templos y edificios públicos, y las estatuas, pinturas, vasos, columnas y capiteles de mármol traídos de Grecia, inician una transformación en el gusto arquitectónico que coincide con su organización especial, y la sencillez del etrusco se sustituye por el estilo aprendido en dichos objetos de arte: con el impulso de Julio César se restaura el Capitolio y se edifican los templos de Marte y Apolo, y después de la batalla de Farsalia el de Venus. El Senado romano se vale asimismo de la arquitectura para festejar á Julio César, y levanta los templos de la Libertad, de la Concordia, de la Felicidad y de la Clemencia.

El siglo de Augusto, engalanado con el orden corintio que llenaba todas las exigencias de aquella sociedad, por su mayor riqueza de ornamentos en los capiteles, entablementos, cornisas y molduras, ha dejado marcadas sus huellas en el Panteón de Agripa y en el pórtico de Octavio:

los emperadores Trajano y Adriano, construyendo el primero el foro de Roma y la Basílica Ulpia, y el segundo proyectando y dirigiendo personalmente un templo en honor de Trajano, pusieron de relieve á los ojos del mundo la importancia que le dieron.

En la Edad media, la arquitectura llena una de sus páginas más gloriosas, caminando desde la catacumba y el monumento romano hasta la ojiva: después del periodo en que los primeros campeones de la fé de Cristo, casi proscribieron las bellas artes por la repugnancia que tenían á todo lo que pudiera parecer pagano, se enseñorea del mundo la señal del Crucificado, comprende la Iglesia que cuando aquellas cumplen su verdadera misión, y los pueblos las cultivan en toda su magnitud, producen grandes efectos morales y materiales, y encarga á la arquitectura cristiana, de acuerdo con los preceptos religiosos, tomar como objetivo el elevar al hombre á un mundo intelectual y superior, y se crea el nuevo estilo que necesariamente había de armonizar los sentimientos de la época.

Al aproximarse á su fin el imperio de Occidente, busca refugio la arquitectura en el de Oriente, que se conservaba en todo su esplendor, á pesar de algunos sacudimientos producidos por invasiones extranjeras, y sienta sus reales en la pequeña ciudad de Bizancio, que no tarda en tomar gran impulso: allí los arquitectos cristianos desechan añejas preocupaciones, aceptan la cúpula oriental como recuerdo de la bóveda del universo, y á poco de crearse el estilo bizantino que admiramos en el templo de la Sabiduría Divina ó de Santa Sofía, construido por Antemius, es tal el vuelo que toma y la revolución que produce, que después de la célebre frase *nec facile cujusquam argui posset iudicio*, las cordilleras de los Alpes no son bastantes á impedir que España se vea influida por él, tanto

más cuanto que existiendo relaciones estrechas con los árabes posesionados de la mayor parte de la península, no pueden desecharse ni las costumbres orientales, ni la parte que tomada del estilo oriental se observa en nuestra arquitectura romano-bizantina. Este estilo, llamado con razón el *de las abadías y de los santuarios de las flores-tas*, responde al espíritu del misticismo, y de la oscuridad se presenta como atributo del poder teocrático en su primera fase, y hasta su estructura, que dista de la oriental y no es la latina, es el reflejo de las costumbres. Después de la memorable conquista de Toledo, cuando Alonso VI hizo restaurar las ciudades de Avila, Salamanca y Segovia, este género de arquitectura se presenta con menos rudeza, toma capiteles con contornos más dibujados, adquiere variedad de ornatos, y sólo una mirada á las fábricas realizadas entonces, hace adivinar la laboriosidad y tranquilidad de aquellos días.

La arquitectura morisca, esa arquitectura que se presenta con todas las galas de la poesía y que se la ve por un lado guiar á la imaginación, al deleite y á la voluptuosidad, y por otro siguiendo los preceptos del Korán se encierra en el misticismo, retrata á un pueblo de original carácter en sus palacios, harenes y baños; en sus mezquitas y santuarios, es la expresión de una raza que hermanó el apasionamiento del corazón con la bravura en los combates. Los príncipes árabes se valen de ella para realzar el esplendor de su trono, y como hija de un genio oriental se atavía con columnas esbeltas, arcos apuntados de herradura, estalactíticos, con bóvedas apiñadas, azulejos, mármoles, mosaicos, maderas preciosas, colores brillantes, es decir, se engalana con todo cuanto puede hablar á los sentidos. ¿Quién contemplará la Alhambra de Granada, sus palacios y aljamas, sus torres y sus muros, sus

bosques y sus flores, cobijada por un cielo brillante y humedecida por los vapores del Genil, que no comprenda las ficciones y realidades que satisfizo por medio de su arquitectura el pueblo árabe? ¿Quién habrá permanecido en ella algunos instantes, que no haya dado la razón á nuestro ilustre poeta Zorrilla, cuando en su magnífico poema oriental Granada exclama:

¡Regia Alhambra! ¡Aureo pebetel!
 Perfumero de sultanas,
 tus arábigas ventanas
 son las puertas de la luz,
 el oriente se somete
 á tus piés como cautivo,
 y hace bien de estar altivo
 de tenerte el andaluz?

Los gruesos muros del exterior indican la fuerza y hacen temer á un pueblo esclavo el poder del que le domina; el interior, la felicidad material excitada por la fantasía de su religión; el patio de los Leones, los salones de Embajadores y el de las Dos Hermanas, con aquella riqueza de ornamentación, tienen el sello de la fantasía de sus moradores.

La creación de una de las obras más notables del entendimiento humano, la arquitectura ojival, tan controvertida en su origen, fué el anuncio de un germen de progreso y de bienestar material, apreciado simultáneamente en todos los puntos de Europa en que el catolicismo ejercía su poderío: estilo lleno de ingenio, de severidad y de gracia tiene el sello de la fé religiosa en sus misteriosos ámbitos, y la arquitectura ojival la eleva y eterniza con sus perforados muros y sus agujas; las bellísimas catedrales góticas serán siempre la expresión de la inteligencia y la fé: analizando sus detalles se ve un sistema de

construcción perfeccionado; dependiente todo del arco ójivo empleado en las fábricas romano-bizantinas, por él se trazan las bóvedas, las puertas y ventanas, disminuyendo las superficies para que sólo se contemplen líneas verticales grandes y atrevidas, y apareciendo las bóvedas como suspendidas del aire, produzcan sus conjuntos verdadero efecto mágico en el ánimo del que las contempla.

El sorprendente mecanismo de las resistencias, los muros horadados por airosas ventanas y reforzados á trechos por estribos y botareles, constituyen un conjunto de verdad y de belleza que impresiona, lleva á la imaginación á consideraciones superiores, y á través de sus encajes se ve claramente que el objetivo de esta arquitectura era moralizar al hombre purificando su espíritu.

Al observar la ligereza y robustez, la severidad y la gracia de la catedral de León, por ejemplo, el alma se afecta, y al recorrer aquellos ámbitos góticos, el pensamiento penetra toda la poesía del arte cristiano: áerea y fantástica llega á aterrar por su misma soltura, y en aquel calado y primoroso encaje está encerrada toda la filosofía de la arquitectura.

La catedral de Burgos, una de las glorias artísticas más brillantes de España, ¿qué es sino un certificado en piedra de la civilización de los siglos XIII, XIV y XV, y del amor á las artes en aquella época? La notable catedral de Toledo, *museo del arte cristiano desde los siglos XIII al XVIII*, como con razón la llaman varios historiadores, es el reflejo de la fé religiosa, de los concilios, de una misteriosa majestad, y expresa la índole elevada de la antigua iglesia.

La grandiosa catedral de Sevilla, en la que el gótico florido, el renacimiento, el greco-romano, y aún el árabe, concurren á su conjunto, ¿qué impresión no hace experimentar al verla tan magistralmente concebida, tan mag-

nífica y de tan colosales proporciones? Aquel arte con que las naves laterales aprisionan la central y todas ellas se dejan dominar por la famosa Giralda, pregona el bienestar y la cultura de una ciudad ennoblecida con sus victorias.

En la época en que el arte arquitectónico vuelve á hacerse profano, alentado por un espíritu de investigación y de duda que le llevó á la imitación y al recuerdo de periodos pasados, se vislumbra el estilo llamado impropriamente Renacimiento en Santa María del Fiore, de Florencia, y produce un cambio brusco la transición de la sociedad gótica á la moderna, se antepone la forma al pensamiento, se sacrifica la sencillez del gótico á una extraordinaria ornamentación, y se mira el culto á la belleza, no como medio de llegar á la perfección, sino como fin á que aspira.

Muerto el entusiasmo bélico se procede á la restauración de la idea en los monumentos antiguos, y al renacer el arte que presidía en aquéllos, se prefiere el sistema de líneas horizontales al de verticales, echándose en olvido la forma de pirámide. Italia se encarga de este cambio, gracias al afán con que se dedicaba al cultivo de todos los conocimientos del sér humano, y el renacimiento se difunde por toda Europa: evidente es que España no había de manifestarse extraña á este nuevo estilo, pero no era posible afortunadamente borrar en un día trescientos años de la posesión del gótico ni la carta de naturaleza que el arte árabe había tomado; así es que transigió con la novedad, pero respetando antiguas tradiciones que dieron por resultado la mezcla de arábigo en los ornamentos, la delgadez de las columnas góticas y el atavío de las formas romanas, ese estilo llamado *plateresco* por unos y *renacimiento español* por otros, estilo que ha venido á ser de

una originalidad sin igual, tanto por la manera de esconder con la pompa del ornato los miembros arquitectónicos, cuanto porque su objetivo consiste en las galas de la decoración. En esta manera de ser de nuestro renacimiento, y aparte de las anteriores dominaciones, la vista menos perspicua echa de ver la perfección que adquirieron las artes del dibujo y que en ellas consistía el galardón de los grandes, demostrado en el magnífico convento de San Marcos de León, con su extraordinaria riqueza y grandiosidad; en la espléndida casa de Ayuntamiento de Sevilla, en la puerta lateral de la Catedral de Granada, en la Universidad de Alcalá de Henares; en la Colegiata de Calatayud, en el trascoro de la Catedral de Zaragoza, en la Capilla de Medina, en la Sacristía de la Catedral de Sevilla, en el claustro del Convento de San Esteban, en el de Salamanca y en otras mil obras que se pudieran citar, probando todas ellas que la arquitectura plateresca es la fiel expresión de una época de desarrollo en el interés individual.

La sucesora del estilo plateresco en nuestra patria, ó sea la arquitectura romana restaurada, que está sintetizada por Juan de Herrera en el suntuoso Monasterio del Escorial, parece que lleva el sello de majestad y grandeza que corresponde á una nación, que descubre un nuevo mundo, que triunfa en San Quintín y en la batalla de Lepanto.

Templo colosal en sus dimensiones, severo en sus ornatos, de planta excepcionalmente pensada, de fachadas con líneas puras y adecuadas, encierra en su perímetro un Patio de los Reyes y un pórtico que elevan su trazado. San Lorenzo del Escorial, encarnación del voto de Felipe II por la victoria alcanzada por sus armas, será siempre la imagen fiel de la grandeza de nuestra nación hace tres siglos.

Las licencias churriguerescas de periodos posteriores reflejan un nuevo estado moral, y cuando después se restaura la arquitectura greco-romana, el Palacio Real de Madrid, prueba que dió Felipe V de su amor á la arquitectura, es el principio de una nueva era que cultivó Ventura Rodríguez, y que continúan Sabatini primero, y después Villanueva, dando gallardas muestras del progreso de la arquitectura.

La rápida ojeada en que habéis tenido la abnegación de acompañarme, interpretando caracteres de algunos estilos arquitectónicos, y su estructura, pone de manifiesto con hechos consumados, que esta bella arte ha sido siempre la fiel expresión de las ideas de cada época, no deja la menor duda que los monumentos realizados llevan la señal del genio y civilización de cada pueblo, y como consecuencia lógica que la arquitectura es el lenguaje con que las distintas sociedades responden de su adelantamiento. Al demostrar, con el testimonio de la historia, que la sociedad antigua se valió de la arquitectura para el culto á la naturaleza, la Edad media para elevar el espíritu del hombre á una región superior, y que la Edad moderna responde con sus construcciones á sus ideas, demostrado queda en mi concepto el célebre dicho de *Custine*, que la arquitectura es la fisonomía de las naciones, y por lo tanto, que tiene una influencia muy directa en la sociedad.

Además, la arquitectura es la compañera inseparable del hombre, no le abandona desde la cuna al sepulcro: ella es la encargada de preparar el bienestar y la comodidad del hogar doméstico rodeado de sus afectos más íntimos; allí recibe el hombre sus primeras impresiones, los halagos de los que le dieron el sér; en él recoge las primeras caricias de la madre, de esa gran figura que con

nada es comparable, pues ella con su abnegación convier-
te la casa en un verdadero santuario; la arquitectura
igualmente realiza los templos donde, postrándose ante el
Sér Supremo, le pone en su contacto; construye el cole-
gio en que el hombre recibe su primera instrucción, y la
universidad ó escuela superior de donde obtiene su ver-
dadera posición social; se ocupa del hospital y del ma-
nicomio como albergues del desvalido, preparándole buen
alojamiento y de condiciones á propósito para alivio de
sus males; levanta museos para el esplendor de sus com-
pañeras las otras bellas artes, y los dispone de modo que
los productos del genio se presenten con lucimiento; pre-
para bibliotecas y archivos que sirvan de fuentes de ins-
trucción y de conocimiento de edades pasadas; edifica
teatros y salas de conciertos para que el hombre encuen-
tre recreo y descanso á sus fatigas, despertando sus senti-
mientos; se ocupa de cárceles y presidios, que al par que
regeneren, sirvan de expiación de faltas ó delitos; produ-
ce congresos y senados, en los que los representantes de la
patria atiendan al mejoramiento del país y á los derechos
y libertades de los ciudadanos; lleva á cabo talleres y fá-
bricas para que, al ganar su sustento las clases poco aco-
modadas, se desarrollen y aumenten las riquezas públi-
cas; construye academias y ateneos como palanques de la
inteligencia y del ingenio; eleva monumentos que recuer-
den al pueblo las virtudes de sus conciudadanos, y pre-
para el postrer alojamiento de la criatura, su tumba, y
allí encierra su organismo dentro de la materia inorgáni-
ca, dando formas al mármol ó á la piedra para inmortal-
izar su recuerdo.

He llegado al término del accidentado camino que aca-
bo de recorrer, abusando de vuestra paciencia; al daros
innumerables gracias por lo complacientes que habéis si-

do conmigo, escuchando recuerdos que todos tenéis olvidados, debo sincerarme respecto al exclusivismo que pueda reflejar este discurso, ocupándome sólo de la arquitectura, y dejando sin mencionar á sus hermanas las otras artes que tanto coadyuvan á su esplendor, que tienen vicisitudes afines con ella y brillante historia: dos razones poderosas existen para esto; es la primera, que todos sabéis que, aunque con poco fruto por la escasez de mis facultades, me dedico al cultivo de la arquitectura con sin igual cariño y entusiasmo; y la segunda y principal, que juzgo, tanto á la pintura, como á la escultura y á la música, artes de tradición é influencia tan importantes, que caso de haber hablado de ellas, estaría obligado á dedicarlas capítulos largos y especiales, que hubieran llevado á este pobre discurso á tocar el límite de vuestro cansancio.

HE DICHO.

CONTESTACIÓN

DEL

EXCMO. SR. D. SIMEON ÁVALOS

SEÑORES:

Lauropreciado alcanza, en la noble carrera que profesa el académico electo Sr. Alvarez y Capra, á quien apadrino en este acto, al obtener la honra de sentarse entre vosotros: mas no llega á este sitio, ciertamente, desprovisto de méritos; y si el contar entre sus obras los proyectos de edificios para Hospital de incurables, los de Casa de Correos, Ministerio de Fomento y Escuela de Artes y Oficios para Madrid, y construcciones importantes como el pabellón nuevo del Hospital de la Princesa, el patio armado en hierro para el mismo, varios panteones de familia y la Plaza de Toros (esta última verificada en unión de otro distinguido arquitecto), no fueran motivo suficiente á justificar la designación que en él hicísteis para ocupar un puesto en esta Academia, el erudito discurso que acaba de leer, la singular modestia con que se presenta y las sincéras protestas de tomar parte activa en nuestras tareas en aspiración de aumentar el caudal de conocimientos que ya posee, bastarían sin duda alguna á disculparla.

Rindiendo justo tributo de respeto y de consideración á la memoria de los que le precedieron en la silla que ahora viene á ocupar, ha recordado los nombres de Lucio

del Valle y de Agustín Felipe Però: académico numerario el primero, varón distinguido dotado de un espíritu enérgico, organizador y práctico, que le permitió realizar obras muy importantes con medios poco adecuados; y académico electo el segundo, al que temprana muerte le impidió tomar posesión de su plaza, dejando comenzados trabajos muy importantes encaminados á encontrar la ley de relación que, en su opinión y en la mía, debió existir como canon de observancia entre los constructores asociados del arte ojival respecto á las partes y detalles constituyentes de aquellas construcciones; canon ó precepto que bajo juramento sagrado pasaba de unos á otros, los maestros perfectos, cuando depurados de la ignorancia en trabajos de grados inferiores, alcanzaban la iniciación en aquel superior. La Academia, que no olvida á sus estimables compañeros, y antes bien siente renacer el dolor que la causara su muerte, aprovecha estas ocasiones para cumplir el grato deber de atestiguar el cariñoso recuerdo que guarda de aquéllos, como testimonio elocuente de los estrechos vínculos que unen á los que ostentan de por vida la honrosa investidura de académicos.

Ganoso el Sr. Alvarez y Capra de corresponder á la distinción que le habéis otorgado, mostrándose en su discurso iniciado en el origen y desenvolvimiento del arte arquitectónico, ha hecho desfilar rápidamente ante nosotros pueblos y manifestaciones de aquel arte, para comprobar la íntima relación que guardan entre sí; y como la arquitectura, por modificaciones sucesivas en las formas intrínsecas y ornamentales, y en los materiales con que verifica sus creaciones, satisfaciendo necesidades sociales, ha conseguido en todo tiempo encarnar, por decirlo así, en sus obras el espíritu de la época en que las realizó.

No consienten los reducidos límites de este trabajo, en-

derezado tan solo á dar breve y cortesmente la bienvenida al nuevo académico, engolfarse en disquisiciones acerca del origen y primeras construcciones arquitectónicas, que no puede atribuirse sólidamente á la India, sin condenar por fantásticas las muy vastas de los babilonios de que habla la tradición, y las no menos notables, aunque más reducidas, de otros pueblos hebreos, entre los cuales se mencionan el palacio construido por David con madera de cedro en Jerusalén, y el templo levantado por Salomón sobre un monte, en el cual había un pequeño pórtico interior cerrado por una puerta cubierta de oro empotrada entre dos columnas de bronce; mas sea de esto lo que quiera, pues la historia de estas regiones hállase envuelta en dudas y oscuridad, es innegable, y harto bien lo demuestra el sin número de monumentos desparrramados sobre la haz de la tierra, que en todos los pueblos, por remota que sea su antigüedad, ha existido el bello ideal como revelación de la presencia divina en un objeto visible; lo que ha originado que la religión, como sentimiento primordial de aquéllos, haya sido la fuente primera de lo bello, y por consecuencia del arte, y que á manera que han adelantado en su organización social, nuevas necesidades morales y materiales han dado origen á nuevas y distintas creaciones arquitectónicas, mas siempre en armónica relación con ellas; tesis que ha desarrollado con discreción el Sr. Alvarez y Capra, y que procuraré confirmar con algunas breves consideraciones, siguiéndole en el camino que ha trazado, del que fuera descortesía apartarme.

La India, señores, ofrece el primer ejemplo de aquella afirmación: su creencia está fundada en el panteísmo; su constitución es la división en castas: la privilegiada ó de los sacerdotes, única depositaria del saber, y la de los

siervos sin libertad, sin voluntad, sin porvenir, instrumento de la primera: sus divinidades son múltiples, así como sus símbolos; admiradores los indios de todo cuanto les rodea en la naturaleza, creen que los animales son hombres, á quienes degradó el mal uso que de su vida hicieron, idea que les lleva á respetarlos hasta la exageración y á veces á divinizarlos. Los monumentos indios, ejecutados bajo la idea y con arreglo á las órdenes de los sacerdotes, carecen de inspiración en las três épocas en que se puede considerar dividida su arquitectura, que consisten en construcciones subterráneas ó socavadas, que debieron ser las primeras que prestaron albergue al hombre y á la misma divinidad, á la cual corresponden las rocas de Mahabalipur y de Elephanta; construcciones que se elevan con las rocas, pero sin apartarse de ellas, como la pirámide de Jagrenat y el templo de Indra, y edificios aislados formados con partes arrancadas á las montañas, á las que corresponden la notable pagoda de Brama, la más monumental de todas ellas: en todas se patentiza el dominio de la autoridad sobre la libertad; la paciente labor de miles de siervos condenados á duros trabajos, siguiendo rutinariamente las órdenes superiores en el entallado de aquellas rocas y de aquellas esculturas de animales, de lo cual resulta una arquitectura por extremo variada como su imaginación y las divinidades á que prestaban culto, pero en la que lo accesorio domina sobre lo fundamental y una escultura amanerada y falta de expresión.

El pueblo Egipcio, que debió recibir influencias de la India y de otros países, conserva en sus instituciones la división en castas; mas éstas aumentan en número, y la de los sacerdotes y la de los guerreros constituyen las principales: difúndense determinados conocimientos, y hace progresos notorios la geometría: en la religión de las castas

sacerdotales comienza á iniciarse la idea de unidad, que refieren á un grande y supremo arquitecto del universo; descúbrese en la doctrina la idea de la Trinidad relacionada con las fuerzas generadoras fecundantes y fructíferas que da origen á la diversidad de númenes, y admiten la existencia de una vida más allá de la muerte del individuo y el juicio que se abre ante el sepulcro. La arquitectura muéstrase ya más variada en sus aplicaciones, satisfaciendo las diversas necesidades que determinan las condiciones de vida de aquel pueblo, áun cuando prevalece el simbolismo; nótese en ella una gran regularidad que la hace degenerar en rígida, como lo es su justicia; predominando las formas cuadrangulares, los robustos pilastrones y las largas líneas horizontales, que señalan sus caracteres distintivos de vigor y de solidez, como símbolo de la duración; no limitándose ya, como en la India, á construir templos aquí sujetos á la expresión geroglífica, y en la que se confunden en extraña mezcla miembros de hombres y de animales que engendran las esfinges y las raras figuras de los númenes, sino que también erige palacios suntuosos para los guerreros un día elevados á la dignidad de reyes: traza ciudades y canales que muestran á un tiempo mismo su poder, instrucción y el desarrollo del comercio; levanta pirámides y obeliscos, y abre en las montañas verdaderas catacumbas para enterramiento de sus moradores.

Otro pueblo, cuyo territorio se halla casi cercado de mares y en fácil comunicación con el Egipto y con la Siria, estaba llamado á producir grandes innovaciones en su constitución social; á concluir con la división en castas; á no mantener la religión encerrada en el santuario; á exaltar ánimos en el amor de la patria hasta el mayor grado de heroísmo, á profundizar en las ciencias, á impri-

mir un impulso gigantesco á las artes: y este pueblo era Grecia.

Dotado de una gran fuerza de asimilación, aún cuando en su principio conservó el predominio de la casta sacerdotal, pronto se le ve aprovecharse de los dogmas y tradiciones del Egipto, para ponerlos en armonía con las dudas que sobre ellos siente, animado de su gran espíritu de libertad; la preponderancia exclusiva del sacerdote comienza á decrecer con la predicación de una moral que pudiera llamarse civil, y casi independiente de la Teología, impulsando á la ciencia á buscar el origen del mundo fuera de las tradiciones del sacerdote; primer paso de la filosofía que tanto vuelo tomó con Pitágoras, Sócrates, Platón y Aristóteles; adquirieron gran desarrollo la medicina y las matemáticas, y en el siglo de Pericles llegaron á su apogeo las artes.

El espíritu de libertad del pueblo griego; el sentimiento de lo bello que poseía con tal viveza, que ha hecho decir á un escritor que le veneraba como virtud; las recompensas populares, y hasta la religión, permitiendo representar á los dioses con semblantes humanos, creados á imagen del hombre, pero ennoblecidos hasta lo sublime, hicieron del pueblo griego el más original, engendrando un arte en que campea la realidad ingénua, desprovista de la confusa y embrollada labor ornamental de los asirios: arte ceñido á expresar sencilla y elocuentemente lo que el sentimiento exige; y todas estas condiciones se hacen positivas por sus artistas en el Partenón de Ictinus, en el Erecteo y en el templo de Minerva, muy oportunamente citados por el nuevo académico, y en otros muchos consagrados á sus múltiples dioses, así como en las inimitables esculturas de Diana y de Minerva, atribuidas á Fidias; en la Niobe de Scopas, y en las obras

pictóricas que se deben á Polignoto, á Apeles y á Arístides el Tebano. En Grecia, por fin, tuvieron su origen los órdenes de arquitectura llamados dórico, jónico y el corintio, que se aplicaban y desenvolvían dentro de una libertad prudente que constituye su belleza, y no con arreglo á las leyes inflexibles y amaneradas á que se les sujetó después.

Si el arte se particulariza en Grecia con el artista, y adquiere esa vida del espíritu que permite descubrir á través de la forma la esencia, la idea madre que le da vida, condición de su existencia y de la de aquel pueblo que se emancipa y asciende por su saber y libertad desde la clase de siervo á la de ciudadano, carácter que le diferencia en absoluto del practicado en la India y en el Egipto, en que dominaba la teocracia; el arte en Roma es también el reflejo de la vida, empresas, organización social y mudanzas de aquel pueblo con todas sus grandezas, con todos sus decaimientos; pueblo enriquecido con los despojos y el trabajo de todos los países con quien mantuvo guerras, sujeto, no obstante, en artes á la influencia que en él ejercieron los arquitectos y artistas venidos de otros países, algunos de ellos en calidad de esclavos: no alcanza, no, el arte romano el grado de originalidad que el griego; su característica es el arco que viene á sustituir al arquitrave de aquéllos; la pilastra, repartida á lo largo de los muros, á la que á veces se adosa la columna y la bóveda que se engendra con los arcos.

Bajo la república que vivió vida agitadísima, y á pesar de la libertad, no hizo progresos la arquitectura, que alcanzó mayor esplendor con el imperio: de sus grandes victorias surgió la necesidad de arcos conmemorativos y de templos al Dios invocado, y la arquitectura levantó los arcos de Septimio, Severo y de Tito, y los tem-

plos de Marte, de la Fortuna viril y otros; de su fuerza é instintos sanguinarios, el circo y la arquitectura erigió el Coliseo; de su lujo y de su voluptuosidad los baños ó termas, y el arte elevó las famosas de Caracalla; de la idea absorbente y de concentración de fuerzas del Estado, así como de dominación universal, las grandes vías, la diversidad de templos; el Panteón de Agripa, el monumento acaso más notable de los romanos, y en el que tuvo su origen la cúpula.

Este pueblo, que reunió en su recinto habitantes de todos los países, cubrió de monumentos y de estatuas traídas de ellos el recinto de Roma; por eso el arte arquitectónico es allí más grandioso que original, presentando ya superpuestos los órdenes arquitectónicos en algunos edificios; y aún cuando vivió por la fuerza, justo es consignar que tendió á dar unidad al gobierno del Estado, y que dejó en todas partes en que dominó huellas de su grandeza, poderío y administración en obras nuevas é importantes que erigió la arquitectura, como puentes solidísimos, murallas y acueductos notables, testimonios elocuentes de la íntima relación é influencia de aquel arte en la satisfacción de las necesidades que emanan del organismo social en cada época.

No he de detenerme en poner de manifiesto el espectáculo triste que ofrecía el pueblo romano al advenimiento del Cristianismo, acontecimiento el más grande que registran los siglos, porque además de ser de todos muy conocido, ha sido descrito y cantado con tan vivos colores, con tal magia y elocuencia por oradores y poetas, que sería en mí atrevimiento inexcusable intentarlo; mas cumple á mi propósito dejar consignado, en apoyo del tema del discurso á que contesto, que cuando el Cristianismo, por el triunfo de Constantino, pudo mostrarse á la luz del

día y tomar parte en la vida social, después de relegado largo tiempo á las catacumbas, donde se afirmó en la creencia de un Dios grande y verdadero, no le fué tarea fácil habilitar los templos paganos para aquel culto, prefiriendo utilizar las basílicas romanas, construcciones más grandes donde se administraba justicia, y que con su espacio central sus dos naves laterales, y el ábside donde tomaban asiento los jueces ofrecía condiciones más en armonía con las exigencias de la liturgia á que se arreglaba aquél.

El Imperio romano en Occidente pudo satisfacer las necesidades del culto de la nueva idea, utilizando á este propósito algún templo pagano y las basílicas ya construidas; pero en Oriente, falto de ellos, hubo de erigirlos, y la influencia allí de los constructores griegos y de otros pueblos, la naturaleza ó el medio en que vivían y otras varias causas, imprimieron á las construcciones arquitectónicas, aunque consagradas á un mismo fin ó idea, caracteres diversos, predominando en ellas elementos ornamentales propios del país y engendrando esas variadas manifestaciones de un estilo peculiar, que ha dado ocasión á los críticos y arqueólogos para aplicarles denominaciones no muy apropiadas á un sistema general de clasificación.

Ejemplar notable, grandioso de la arquitectura cristiana en Oriente ofrece el templo de Santa Sofía en Constantinopla, monumento el más grande y rico en lujo y magnificencia de cuantos elevó el Imperio en aquella parte.

En Occidente se había adoptado como tipo para la Iglesia la basílica romana, sin excluir sistemáticamente otras formas, dejando á cada pueblo, de los que se convertían al Cristianismo, construir sus templos con arreglo á su inspiración y á los materiales de que disponía, im-

primiéndoles el sello de su nacionalidad, lo cual ha dado lugar á esa variedad que muestra la arquitectura en Europa, en edificios que tienen por punto de partida la misma unidad de doctrina. La basílica se vino estudiando y mejorando en su disposición, completándola perseverantemente hasta que recibe su forma más grande, más armónica y más cristiana de la arquitectura ojival. ¿Y cuándo se verifica esto, señores? Precisamente cuando la Iglesia alcanza su unidad, la sola que subsiste á la sazón en medio aquella variedad; cuando sacerdotes, siervos y señores se unen y lanzan con el vigor de la más espontánea voluntad á rechazar el Oriente; cuando todos se aunan y confunden en el propósito de levantar iglesias, monasterios y catedrales; cuando las relaciones entre los individuos y los pueblos no están ya determinadas por la espada del conquistador, sino por la fé y la esperanza: el templo es la encarnación de aquella sociedad sostenida por el sentimiento de una religión que la presta consuelo y da fuerzas para esperar una mejora en sus condiciones de existencia, en medio el estruendo y la lucha que caracterizan la Edad media.

Y cómo y hasta qué punto realizó la arquitectura ojival los ideales y creencias de aquella época, descríbelo muy elocuentemente un notable crítico diciendo: "La iglesia material representa la iglesia espiritual de Cristo, y se halla construida sobre la cruz; las piedras que la componen son las almas de los creyentes; los pilares son los Apóstoles que la mantienen; las puertas las personas divinas en cuyo nombre se entra; la luz de sus altas ventanas los dones del Espíritu Santo que descienden de lo alto; todas las cosas visibles figuran las invisibles: todo en la catedral respira la paz, la armonía; todo convida á la adoración; y es que el Artista Supremo, al crear el mun-

do, ha tomado el hombre por unidad de medida haciéndole el medio de lo infinitamente grande y de lo infinitamente pequeño, y la arquitectura ojival, adoptándole por módulo, ha puesto en relación con él y á su servicio todos los miembros que emplea, los cuales no aumentan en volumen sino en número, á manera que crece la fábrica: viniendo en su ayuda Dios mismo que, ofreciéndose á nuestra vista más pequeño que el hombre bajo la forma eucarística, hácenos sentir su invisible presencia, y cualquiera que sea la dimensión de la iglesia, ella contiene siempre el Infinito. La arquitectura no ha elevado nunca á Dios tan digno santuario."

El arte era, pues, religioso, y la arquitectura ojival, estrechamente unida á la escultura y á la pintura, realizaba aquella unidad de creencias, aquella comunidad de tipos y de símbolos que aseguraron su poder y su grandeza, y crearon esas magníficas y portentosas catedrales, á cuyo estudio y conservación se consagran hoy con tanto ahinco los arquitectos modernos, los hombres instruidos, amantes de las glorias patrias y los verdaderos hombres de gobierno, como para vindicar á aquellos monumentos del dictado de bárbaros que sobre ellos lanzaron las preocupaciones de siglos cercanos al nuestro, al pretender resucitar el espectro del paganismo, resucitando en el arte y hasta en las costumbres las formas paganas, y hacer patente á la vez el espíritu de investigación y de sana crítica que caracterizan al siglo actual.

Alejarfame grandemente del fin que persigo, dilucidar cuántas y de qué diversa índole fueron las causas que contribuyeron á la decadencia de un arte que llegó al apogeo que ningún otro conocido, y determinar qué modificaciones de forma en la curvatura de los arcos, en la estructura de las bóvedas, en la complicación de sus tracerías y

en la ornamentación experimentó durante largo tiempo: y qué causas sociales hicieron perder su preponderancia á este arte, hasta olvidar el recuerdo de las leyes mecánicas que rigen su construcción, y adjudicarle el calificativo de bárbaro; pero es lo cierto que desde la segunda mitad del siglo xv se le ve decaer, y que en el siglo xvi la Italia, que había sufrido la influencia avasalladora del arte ojival, pero resintiéndose á adoptarle, aprovechó la ocasión que le ofrecía la preponderancia y riqueza del Papa-Rey León X y de la corte romana, y su predilección por los gustos y literatura de la antigüedad, á la que daban prestigio los descubrimientos que se hacían, para hacer triunfar el arco de medio punto, y con él las formas de la arquitectura romana de la época del paganismo.

Sucumbía el arte ojival y la arquitectura comenzaba á adoptar lentamente en nuestra patria las formas de la romana; pero las embellecía con tal profusión y diversidad de adornos, que engendró un género ó estilo denominado renacimiento español, en el que la razón no sabe qué admirar más, si la riqueza del dibujo, la gracia de la composición y el sentimiento en su ornamentación, ó la resistencia que muestra á través de tanto primor y gallardía á la adopción de aquella arquitectura. Salamanca, Alcalá de Henares, Toledo, Sevilla y otras ciudades conservan ricos modelos de aquel género, en el que se refleja la duda entre el pasado y el porvenir que agitaba á la época.

Correspondiendo á Italia la iniciativa en el nuevo rumbo impreso á la filosofía, á las ciencias, á la literatura y á todas las demás artes y con especialidad á la pintura, á ella acudieron sabios filósofos y artistas de todos puntos, encontrando eficaz y decidida protección y ocasiones de mostrar su saber y su genio en las grandes obras emprendidas por los Papas, por los Médicis, los Farnesios y

otros poderosos, amantes de las artes y grandemente exaltados por su amor á la antigüedad, á cuyo estudio se consagraban con ardimiento, ávidos de resucitar los ocultos tesoros de sabiduría de los grandes espíritus del paganismo.

El amor á las artes de los Papas Julio II y León X, y su propósito de erigir un templo á Dios con las formas de la arquitectura antigua, pero tan grandioso como los de la Edad media, determinó la construcción de la grandísima basílica de San Pedro en Roma, el monumento cristiano más notable y más ricamente exornado de esta época, que al tiempo mismo que recuerda su nombre y los de sus sucesores Sixto V, Clemente VII y VIII, inmortaliza el de los grandes arquitectos Bramante y Miguel Angel y el del gran pintor Rafael, en el que, según la opinión de un escritor contemporáneo, se resume la lucha de aquella sociedad colocada entre las corrientes de las ideas paganas y de las cristianas, seducida por las galas de la literatura, de la arquitectura y escultura antiguas.

Vida grande y próspera lograron largo tiempo en Italia las artes, y Roma, Florencia y otras ciudades se disputaban la primacía en la erección de monumentos y de palacios que exornaban ricamente con esculturas y pinturas que alcanzaron gran perfección en la forma, si bien no era difícil descubrir en ellas el cambio de objetivo, que no era ya realizar el ideal de la fé, sino el más terrenal de la manifestación del lujo y riqueza de los poderosos: mas la reforma religiosa intentada por Lutero para volver el Cristianismo al tiempo de los apóstoles, chocando con el fuerte poder de la Iglesia romana y de los reyes absolutos, dió lugar á guerras sangrientas que suspendieron el cultivo del arte, que se le vió decaer, agravándose después con la creencia impuesta que se oponía á la ne-

cesaria emancipación de la idea para desarrollarse de una manera cristiana y espiritualista: y el arte arquitectónico poniéndose al servicio de poderosas monarquías y de magnates, únicos que le procuraban medios de manifestarse, aún cuando le imponían sus ideas, entró de lleno en un periodo de decadencia, tendiendo al materialismo, como aquella sociedad en que la falta de grandes ideales y de libertad de conciencia despertaron en ella la duda respecto á su organización social y política y al derecho individual del hombre, comprobando una vez más la íntima relación del arte con la época y el medio en que se desarrolla.

¿Será duradero éste que pudiéramos llamar eclipse del arte? No, porque no puede perecer: él se trasforma como las generaciones, pero no sucumbe. ¿Qué caminos deberán seguir hoy los verdaderos artistas para alzarle de este abatimiento?

No es de esta ocasión dilucidar el arduo y complejo problema que entraña la pregunta que surge naturalmente del discurso del nuevo académico, al que en vuestro nombre doy la bienvenida, ni está reservada á la mayoría de nosotros, que hemos ya recorrido gran parte de la distancia que nos separa del término de la vida, la gloria de contribuir á determinar, aprovechando las eventualidades del porvenir y la mudanza en las instituciones que rigen los pueblos y engendran las grandes afirmaciones sociales y religiosas que prestan ideales al arte, el rumbo que deben imprimir los artistas en sus creaciones, derramando en ellas el espíritu de su tiempo; pero acaso lo esté para el nuevo académico que llega á este sitio en edad temprana, si á ello se prepara con fé y entusiasmo; fé que ha de suministrarle la medalla que va á recibir, despertando en su conciencia la idea de los deberes que

contrae para con este Cuerpo y los conocimientos que cultiva; y entusiasmo que ha de brotar en su corazón al abrazo de sus nuevos compañeros, excitando el sentimiento que da vida al espíritu para elevarse á las tranquilas regiones de la inspiración, donde reinan la verdad y la belleza.

HE DICHO.

